

A PROPÓSITO DE UN CENTENARIO

(1627-1927)

NUEVO PLANTEAMIENTO DE UNA CUESTIÓN ANTIGUA

El tercer centenario de la muerte de Bossuet se cierra con creciente luz sobre su figura oratoria (1); y no es necesario ser profeta para ver que su influjo en los nuevos sacerdotes ha de ser cada día mayor, y más saludable, si se toma mejor el punto de enfoque al imitarle. Pocos oradores hay que puedan ayudar tanto en la formación literaria y desayudar en la imitación puesta en práctica. Este recelo, inspirado por la historia y confirmado por la propia experiencia, y el abrir caminos de vuelta a los Santos Padres y homiletas españoles del siglo de oro, me ha movido a enlazar el estudio de Bossuet y Bourdaloue principalmente, con el genuino y tradicional concepto de la predicación cristiana, intentando la solución de una cuestión crítica oratoria antigua, por un planteamiento, a mi modo de ver, nuevo.

I

¿EXISTE UNA ORATORIA SAGRADA, NORMA DE JUICIO?

Seamos sinceros y digamos una vez lo que tantas hemos pensado. El más independiente, al tomar un viejo sermonario español, dirige, sin pensarlo, una mirada, que es una pregunta, a sus modelos franceses. Una educación oratoria lastimosamente estrecha e imbuída de falso clasicismo, el estilo de la llamada alta predicación, en boga casi dos siglos, y cierta especie de crítica flotante en la atmósfera, orienta sutil e invisible el campo de nuestras opiniones, se adelanta a nuestros juicios

(1) Sus méritos y mi admiración por este gran escritor quedan expuestos en artículo aparte publicado por *Razón y Fe*, julio, 1928, pp. 72-92.

y los pervierte. Por instinto, y como por hábito, para medir un sermón y clasificarle, echamos mano del módulo francés. ¡Servilismo tan funesto para la piedad como para el arte, y que ya ni nos sonroja! Y como la antigua esclavitud, así ésta cierra los ojos para no ver el número de los que mandan. ¡La oratoria francesal! ¡Creeríais eran ellos falangel! Y ¿cuántos son? Déjese la elocuencia de los últimos cincuenta años: copiosa y brillante, no es aún agua posada; descártese igualmente la serie de discursos apologeticos, abierta por Lacordaire a los hijos sin fe de la Revolución y del Imperio. Por espléndida y fructuosa que sea, no debe citarse al tratar de predicación, pues concebida entre la academia y el templo, sólo una triste necesidad la pudo introducir en él y llevarla al púlpito, no sin antes apagar la lámpara del Santísimo: eran ojos aquéllos que sólo sufrían la luz natural....

Queda, pues, la oratoria del siglo XVII, y en ella tres nombres a lo sumo. Nosotros citamos más: pero sus propios tratadistas no los consideran, y con razón; sólo una retórica de academia ha podido poner por modelo de oratoria cristiana a Fléchier. ¡Fléchier! Profano por educación y más aún por espíritu, profano por una vida ligera y cortesana hasta su elevación al episcopado, profano, en fin, por el culto supersticioso de la forma y por el género, que con preferencia cultivó, de panegíricos y oraciones fúnebres, el cisne de Nimes no tenía, según la dura expresión de Brunetière, ni fuerza ni unción, ni celo ni alma «para decir lisamente las cosas» (1). Lo mismo dice Longhaye, aunque en tonos más suaves: «Fléchier describe el mal mejor que le combate. Esa mano fina y ligera maneja el pincel mejor que el látigo o la espada; sabe dar un toque aquí y allá: pero jamás se hunde y penetra. En una palabra, la elocuencia de Fléchier no es elocuencia de combate» (2). La crítica posterior no ha levantado esa censura (3).

Algo más hierro llevaba la oratoria de Mascarón, a quien madame de Sévigné oía sin pena, alternando nada menos que con Bourdaloue; pero Mascarón, temperamento desigual, y en sus aciertos y caídas semejante a los oradores españoles, no podía a la larga ser del gusto fran-

(1) BRUNETIÈRE, *L'Éloquence de Fléchier. Histoire et Littérature*, t. 3, II. (Véase en LONGHAYE, *Histoire de la Littérature Française au dix-septième siècle*, t. 3. París, 1895, p. 205.)

(2) LONGHAYE, o. c., p. 204.

(3) G. LANSON, *Histoire de la Littérature Française*¹⁴, 1918, París.

cés que, según Hegel en su profundo capítulo *De los estilos*, prefiere lo bello a lo hermoso — lo acabado y sin tacha a lo grande y genial, según a mí me parece —, tampoco podía ejercer mucho influjo por lo reducido de su producción, oraciones fúnebres en su mayor parte.

Más saludable hubiera sido el de Fenelón, a juzgar por lo poco suyo que nos ha llegado; pero Fenelón, para ser, aun aquí, lo contrario de Bourdaloue, improvisaba y apenas escribía. Consolémonos con sus *Diálogos*, cuyas vibraciones le dan el personal encanto de unas memorias íntimas, y cuya crítica, por todo el diálogo segundo y parte del tercero, no ha envejecido aún; cuya sensatez, en fin, pone a nuestros vecinos en la alternativa desesperante, o de negar su exactitud (1) — cosa difícil —, o de ver rebajado el pedestal de sus *Dii maiores*..... Y hasta la aparición de Bossuet en París, el 1660, no hay más que merezcan ser acatados.

¿Y después? Lanson, cuyo juicio aquí es de gran peso por apoyarse en dos testigos de mayor excepción, escribe: «Desde 1688 La Bruyère, y de 1681 a 1686 Fenelón, señalan ya la decadencia del púlpito: convienen ambos en tachar a los predicadores de ostentación y superficialidad, de ignorancia de la religión y falta de celo. El sermón es un espectáculo literario: el orador sólo busca su estima; de la verdad, del fruto, no se cuida, con tal que se diga que ha predicado bien. El arte y el espíritu profano invaden el sermón, que se convierte en desarrollo de filosofía moral, embellecido, más o menos, por rasgos sorprendentes o ingeniosos» (2).

Tal vez la perversión no fué, ni tan universal en un principio, ni tan repentina; detuviéronla dos hombres: pero cuando éstos, en el mismo año, desaparecieron, una nube de frío amaneramiento y vago filosofismo se echó sobre la Iglesia, y a partir de 1704 invade los pulpitos una turba de imitadores cada vez más insignificantes. Sin la llama de Bossuet creyeron sustituir su elevación por astracciones muertas, el vuelo lírico y sinceridad de emoción por refinamientos ingeniosos y

(1) V. FERNANDO BRUNETIÈRE, *Études critiques*, 8.^a serie, París, 1922-3. Sólo «dos voces desentonan en este concierto de alabanzas: la de LA BRUYÈRE en su capítulo *El púlpito*, y la de FENELÓN en sus *Diálogos sobre la elocuencia*, que yo, por él, querría no suyos», p. 2, p. 133.

(2) LANSON, *Histoire*....., p. 593.

de bella apariencia; otros, sin el rigor metódico de Bourdaloue, sin la paciente labor de corregirse por muchos años, sin la profunda comprensión de la moral cristiana, basada en el dogma, pensaron que todo consistía en dividir un discurso, en trazar cuadros de costumbres, «especie de espectáculo, al fin, dice Bossuet, al cual asiste el oyente creyendo cumple con dejarse censurar lo que no piensa corregir» (1). Esos discursos, alzados a fuerza de habilidad, recuerdan ciertos retablos con sus tres cuerpos, donde van simétricamente distribuidos los vanos para los lienzos: sólo hay una diferencia, y es que Bourdaloue los supo llenar de cosas magníficas y éstos otros de puras vanidades. Fué éste uno de los castigos más duros enviados del cielo sobre tan hermosa nación. Hoy ningún daño hacen, condenados al moho y humedad de sermonarios, que sólo eruditos, como Bernard, se atreven a recorrer (2).

Tal es, en suma, el cuadro de la oratoria francesa; y, sin embargo, ha invadido las bibliotecas y mesas de trabajo a la sombra de tres figuras. Una de ellas, la de Massillon, apenas si tiene hoy un palmo del antiguo imperio; la crítica le ha encontrado *minus habens*. ¡Bossuet y Bourdaloue! ¡Son dos y parecen legión! Medio siglo y una nación, cuyas fronteras ensanchaba cada día la espada de sus generales, no bastaron a contener su voz, y el tiempo, que todas las cosas acaba, no la ha extinguido aún. La de Bourdaloue, melodiosa, cuando predicaba, y «semejante, según Fenelón (3), a hermosas campanas de sonido claro, lleno, dulce y agradable, pero que nada dicen ni tienen variedad, ni, por consiguiente, armonía y elocuencia», la voz de Bourdaloue se ha vuelto aún más opaca y muerta al pasar por la refundición de Bretonneau. Bossuet, en cambio, como era de presumir en tan gran escritor, ha tenido más resonancia en el libro que en el púlpito (4).

(1) V. LEBARQ, *Histoire critique de la prédication de Bossuet*, París, 1888, 1.^a parte, c. 2, p. 66.

(2) A. BERNARD, *Le sermon à XVII^e siècle. Étude historique et critique sur la prédication en France de 1715 à 1789*, París, 1901.

(3) *Dialogues sur l'éloquence*. Diál. II.

(4) La fama de Bossuet como orador en su tiempo no fué resonante, sobre todo comparada con la de Bourdaloue. No que dejara de ser estimado, pero su nombre empezó a sonar después de sus grandes *Oraciones fúnebres* de 1669, más aún en el cargo de Preceptor del Delfín, mucho más con su triste actuación de 1682.

Ahí escucha aplausos, como no los oyera en sus mejores días del Louvre y San Germán, y sigue dictando la ley desde ese monumento levantado por la feliz y paciente crítica de Lebarq y coronado por las últimas compulsaciones de Urbain y Levesque (1). En el de Bourdaloue está puesta la primera piedra, aunque de temer es que, con la muerte de su editor, E. Griselle (2), habremos de resignarnos a no saber nunca, sino aproximadamente, cómo predicó.

¡Bossuet y Bourdaloue! Francia puede estar satisfecha de engendrar hijos así y de saberlos glorificar. No hay en su obra, sobre todo en la de Bossuet, detalle sin su estudio ni mérito no apreciado. La crítica hecha está, y no hay por qué repetir lo bien hecho. Un defecto ha tenido, y es el de negar, o, si parece mejor, ocultar al lado finito, el talón vulnerable, que, aun en sus semidioses, ponía la antigüedad, y — lo que indica la fuerza directriz de esta nación — ha hecho levantarse fuera una tendencia a idolatrar en ellos. He ahí un peligro que ha causado sus estragos (3). Cuando en la veneración de los santos, con alucinamiento se pasa a la suprema adoración, es el culto peor que el olvido. ¿En la oratoria no se ha dado insensiblemente el paso? Porque no se ha dicho: «He ahí un modelo, copiadle», sino «Ésta es la norma, acatadla». Se han tomado a la letra juicios como éste, que tiene su sentido verdadero: «Orden perfecto en la energía, calma soberana en el ímpetu de la fuerza, ¿no es eso Bossuet, orador? O, más bien, ¿no es él la misma elocuencia? No es mía la culpa, si en este caso pareciere

(1) *Œuvres oratoires de Bossuet*. Édition critique de l'Abbé J. Lebarq, revissé et augmentée par Ch. Urbain et E. Levesque, 1914-1925; siete volúmenes.

(2) *Œuvres complètes de Bourdaloue*. Édition critique..... par l'Abbé Eugène Griselle, París, 1919-1923; dos volúmenes publicados.

(3) G. LANSON, *Histoire de la Littérature Française*, París, 1918, p. 592. Ya suelen decir algo de la falta de imaginación de Bourdaloue, pero nada más; también hablan de los defectos de Bossuet en su juventud (V. GANDAR, *Bossuet Orateur*, 1. 2, c. 2, p. 305 y ss. LONGHAYE, *Histoire...*, 2, l. 4, c. 1, p. 219); pero es para encumbrarle más en su segunda manera. Mas en España y en la América española se toman sus obras indistintamente. Así, la edición *Sermones*, de J. B. Bossuet, Madrid, sin año de impresión, Librería de Hijos de Leocadio López, 3.^a ed., pone en segundo lugar el sermón sobre la Circuncisión, sin advertir que es una obra primeriza llena de grandes virtudes y grandes defectos de ejecución: tenía Bossuet solos veinticinco años cumplidos. Ediciones así causan gran daño en la juventud, que toma para imitar cosas no maduras.

confundir el arte con el artista. ¿Quién, entre los modernos, se ha acercado al ideal como él? ¿No es más natural que Cicerón, y en fuerza no inferior, a Demóstenes, con el lirismo de Píndaro, más bien de los Profetas, por añadidura?» (1).

Pase lo de natural más que Cicerón y lo del lirismo de Píndaro; pero ponerle a par de Demóstenes en vigor, repetir sobre la palabra de La Bruyère aquella frase de Maury: «Bossuet, he ahí a Demóstenes», pasa la raya de lo inverosímil. ¿Si dijera Vieira....., pero Bossuet! ¿En qué se parecen, sino en ser ambos oradores? ¿Hay almas menos semejantes? Tenaz, indomable, en perpetua guerra la una; la otra delicada, exquisita, doblegada a la voluntad absoluta del Rey, hasta ponerse a dos dedos del cisma: Bossuet procede por intuición, no tanto por discurso, si no es en los análisis del espíritu: el discurso, en el sentido de argumentación, no es precisamente su fuerte; mientras Demóstenes es todo lógica y raciocinio, cuyos hilos tiende con maestría, recoge con presteza y aprieta sin piedad. No dirigía Filipo más disciplinadamente sus falanges que Demóstenes sus arengas. ¿Y en la expresión? Aquellos dicterios a Esquines, aquellos sarcasmos, que para groseros no les faltaba sino dejar de ser áticos, ¿podían ser pronunciados por los labios que temblaban sobre la tumba de las dos Enriquetas, o se despedían del gran Condé? Y pensar que las imprecaciones contra el violador de tratados y destruidor de ciudades, contra el extranjero Macedón, salido de los bosques de Tesalia a presidir en Delfos el consejo sagrado de los Anfictiones y entenebrece el sol de las libertades atenienses, pudieron ser lanzadas por la «mano llena de esplendores» de Bossuet, ¿no sería hacer crítica con ramilletes de flores y no con la verdad?

Aunque no es esto precisamente lo más grave en el pasaje de Longhaye, sino aquella frase: *Bossuet es la elocuencia misma*. No; todo menos idolatrar. Ninguno, y menos, tal vez, Bourdaloue y Bossuet, pueden, por decirlo así, identificarse con la predicación sagrada, ni ser constituidos en norma (2), sin derribar por el mismo hecho figuras ve-

(1) LONGHAYE, *Histoire*, t. 2, l. 6, c. 1, p. 235.

(2) No se me oculta que, cuando se les pone como norma, no se les impone por norma absoluta; así es verdad en el escrito, pero en la realidad, estudiando la historia de la oratoria fuera de Francia, se ve que se entiende como si se hablara de norma de juicio; y esta tendencia es la que aquí se combate.

nerables, sin prejuzgar géneros enteros, sin atacar la esencia de la predicación ordinaria de la Iglesia. Modelos, *con ciertas cautelas*, sí; normas, no.

Nada puramente humano, si es particular y concreto, puede alzarse por norma universal; porque nada particular y concreto agota la esencia de las cosas, la cual rebasa del individuo y se derrama, sin agotarse, en formas indefinidas. Demos se probase que, por la pureza de líneas y por la armonía de elementos estéticos, fuese el griego el más acabado tipo de belleza humana: ¿no sería injusto, para admitir un cuerpo bello, ver si se conformaba a dicho modelo? No; el reino de la belleza se extiende tanto como el del ser, y nadie le encierra por entero. Nada hay que tanto estreche el campo literario como la pretensión de medir la actividad creadora por reglas individuales (1).

Hay una lección que parece no hemos aprendido aún; es una coincidencia singular nacida del mismo principio. Francia había creado su teatro; se le admiró. No bastaba: era preciso constituírle en norma. Y como ni los caracteres de Shakespeare, ni la amplia trama del simbolismo calderoniano, ni el genio multiforme de Lope cabían dentro de las tres unidades, se les negó realidad dramática: se dijo era algo informe y monstruoso, el caos. Y en un día, como allá en el hundimiento de la Atlántida, el mundo dramático se abrevió y redujo a las insípidas imitaciones o arreglos de Destouches, de Voltaire y otros posteriores. Los ingleses creyeron haber sido un sueño su imperio en la escena; los españoles, de cara al Pirineo, se lamentaban de no tener teatro. Algo se sabía de Calderón, Tirso, Lope de Vega: pero habían sido hombres sin ley, sin elegancia, unos bárbaros que no sabían de formas. ¡Jurábalo Luzán las manos puestas sobre la Poética de Boileau! Todo por hacer norma una belleza particular, aunque tan acabada.

Sustitúyanse las tres unidades por las tres partes, y la cuestión es la misma y los efectos también los mismos. Se ha negado valor a géneros enteros, la homilía española ha sido despreciada, el Renacimiento

(1) El mismo Bossuet, cuando aún no era tan acatado, hubo de luchar contra ese prejuicio. «¿No hay motivo para desconfiar de teorías que erigen en ley los procedimientos de un orador determinado, sea éste Massillon, Bourdaloue o Cicerón? Tales teorías nos llevarían a creer, contra toda verdad, que otros no menos ilustres, por no decir más, han vuelto la espalda al verdadero camino de la elocuencia.» Así escribe Lebarq en defensa de Bossuet. *Histoire critique. Conclusion*, p. 378.

en Italia y la Edad Media en Europa son un desierto sin voz. ¿Qué más? El cetro de los Santos Padres prácticamente no ha sido acatado. Y a la verdad, entre la perfección de formas en tiempo de Luis XIV y la bárbara incultura de los primeros siglos, entre la marcha libre y sin pretensiones de una homilía, atenta sólo a la instrucción, y el desarrollo gradual de un bello discurso, donde todo, hasta las aplicaciones, se subordina a una armonía preestablecida, ¿era difícil escoger? ¿Para qué fatigarse en remontar la corriente de los siglos? Con reverencia, sí, mas resueltamente, ¿no se podía olvidar a los Padres de la Iglesia, sobre todo desde que Dios nos había dado otros no inferiores? La cuestión, por más que parezca extraño, se planteó en el pensamiento de muchos y en los escritos de algunos (1). Massillon la resolvió en la práctica, y

(1) En los más esa pregunta no se formuló así tan crudamente, aunque en lo interior así se pensara. Todavía algunos, como Maury, lo dicen sin rebozo. Recuérdese por cualquiera Historia eclesiástica (v. gr., HERGENROTHER, t. 5, *Galicismo*), lo poco católicas, en el verdadero sentido de la palabra, que fueron las relaciones de Luis XIV con la Iglesia; recuérdese el triste papel de Bossuet en este punto, y véase a qué sinrazones puede arrastrar un amor nacional no bien entendido. Maury, sobre aquellas palabras de La Harpe: «Bossuet me parece ser el hombre que más honra a Francia y a la Iglesia *estos últimos siglos*», prosigue: «No se me alcanza bien lo que La Harpe ha querido decir con la limitación de las tres últimas palabras. Ningún Padre de la Iglesia puede compararse con Bossuet, en punto a elocuencia. San Juan Crisóstomo, y más aún San Agustín, sin duda fueron hombres de gran talento: pero el mal gusto del siglo en que vivieron habría bastado para ponerlos a ínfima distancia de Bossuet, aunque en la repartición de dones de ingenio hubieran sido tan espléndidamente como él enriquecidos del cielo, lo cual estoy muy lejos de creer. En mi sentir, son los Padres de la Iglesia, y no Bossuet, los favorecidos en la célebre frase de La Bruyère: «Adelantémonos a usar el lenguaje de la posterioridad: [Bossuet] un Padre de la Iglesia.» ¡Homenaje muy honroso, por cierto, y magnífico, hecho a un Obispo en vida, y más para recibido en persona en una asamblea pública de la Academia francesa! Y todavía, después de la muerte de tan grande hombre, creo yo, que, dejada aparte la dignidad incomparable que da el título auténtico y consagrado de Padre de la Iglesia y el derecho consiguiente de ser tenido por uno de los anillos que forman la cadena de la tradición, no considerando, sino sólo bajo el aspecto puramente literario, la erudición, la dialéctica y la elocuencia de los escritores eclesiásticos, finalmente, no admitiendo en la escala graduada de la admiración para fijar el puesto entre los hombres más célebres otra mira que la medida de sus talentos individuales, creo, digo, que se podría, juzgando así a Bossuet, llamarle con no menor confianza que verdad *el primero de los Padres de la Iglesia* » (*Essai sur l'éloquence de la chaire*, París, 1677, p. 440.) Entre las muchas cosas dudosas de esa nota desconcertante, una hay bien clara: Bossuet ha hecho innecesario a los oradores el manejo de los Santos Padres.

por mucho tiempo se admiró a los Santos Padres por testigos de la tradición e intérpretes del contenido revelado, no por modelos de predicación.

Y si lo particular, sólo por serlo, no puede constituirse en norma universal, ¿qué decir de una elocuencia que, por el ambiente en que se movió, por la forma que preferentemente hubo de usar y aun por los temas mismos es de lo más particularizado? (1). Sin que ésta sea una censura, no sé haya oratoria más influida del ambiente, ni más identificada con él. Léase cualquiera de los oradores españoles — atrevámonos ya a hablar así —: Fray Diego de la Vega, Lanuza, Terrones, Cabrera, Fray Hernando; sus sermones lo mismo pudieron ser dichos en Zaragoza que en Madrid: ni requieren un auditorio precisamente culto. En la oratoria francesa no es así.

En Bourdaloue, el organismo complicado y tan intelectual de sus discursos, la marcha de sus razonamientos inflexible, algo rápida en sí, más en la manera con que los recitaba (2), aquel apurar despacio los asuntos, sólo pudo florecer en una sociedad en que el espíritu razonador y semifilosófico estaba de moda. Añádase que la mayor parte de las aplicaciones son a una nobleza que no se volverá a repetir, especie de casta superior y sin contacto con las otras. La misma extensión (3) los singulariza, de suerte que su sola imitación es ya un peli-

¡Para qué subir tan lejos teniendo aquí al primer Santo Padre! Si Bossuet levantara cabeza, ¿cómo había de protestar! Tal vez no dudara que se perdiera la mitad de su obra, seguro de que su ingenio la hallaría de nuevo en San Agustín. Por lo demás, aun desde el punto de elocuencia sagrada, puestos en una alternativa dolorosa, no faltarían hoy quienes se resignaran a la pérdida de la Cuaresma de San Germán antes que a la de las *Enarraciones sobre los Salmos* y de la *Acción de las estatuas*.

(1) «Los oyentes hacen los predicadores, dice el mismo Bossuet en el discurso para la profesión de madame Luisa de La Vallière, y cuanto más personal y grande es el orador, más se acomoda a los oyentes.» «Muy de otra manera predicaría hoy Bossuet sobre la Muerte, el Honor, la Dignidad de los pobres; y es mucho más fácil acomodar a nuestro auditorio de hoy el sermón de un orador mediano, como el P. Lejeune, que no un sermón de Bossuet, Bourdaloue y aun Massillon.» (E. LONGUEMARE, *Bossuet et la Société Française sous le Règne de Louis XIV*, París, 1910. *Introd.*, p. 1, 2.

(2) FENELÓN, *Diál.* II.

(3) Verdad que Vieira y nuestros oradores del siglo XVII a veces son tan largos; respecto a ellos, sabemos que alargaban sus sermones al rehacerlos con el título de *Discursos predicables*; otras veces ponían cuatro o más consideraciones para que

gro. Únicamente ante un auditorio que, después de comer, daba al antiguo Profesor de Teología dos horas para que les desarrollase un punto de moral, seguro de que, a continuación, Molière les disiparía, en otras dos, cualquier inquietud, únicamente ante un auditorio así podía plantearse, probarse, discutirse y aplicarse todo un tratado que, a veces, son sus sermones. Y ha sido un error de imitación, tan funesto como pueril, continuar esos planteamientos, para cuyo desarrollo sólo se contaba con un cuarto de hora. De ahí los discursos de los tres puntos, mejor diríamos de las tres puntadas; los cuales graciosamente comparaba uno a esos pescados en que todo es cola, cabeza y espina. ¡Temed un sermón de tres puntos y veinte minutos!

¿Y Bossuet? Su carácter más blando que el de Bourdaloue por naturaleza, menos austero por profesión, más humano por cultura, digámoslo de una vez, más cortesano, se prestaba más a ser influido. La sombra del gran Rey se proyecta sobre su elocuencia y la penetra, hasta el punto de determinar una segunda manera en su estilo y en su predicación. Oigámoselo a Gandar: «¡Bossuet! En él, por primera vez, se redujeron a perfecta armonía, sin la menor violencia aparente, naturalidad y elegancia, fuerza y gracia, sobriedad y plenitud. De este modo, la *Cuaresma* del Louvre señala para él, y de un modo más general para la elocuencia religiosa de Francia, durante el siglo XVII, ese punto tan difícil de hallar de madurez y perfección» (1). Ese influjo y su naturaleza exponíala así el mismo Bossuet en su segundo sermón del Louvre: «¡Oh, Dios mío! Bien veis en qué lugar predico; y Vos sabéis lo que en él debo decir: ¡Dadme palabra sobria, palabra poderosa; dadme prudencia y vigor, circunspección y sencillez! Vos sabéis, Dios mío, cómo el celo ardiente, que me anima en servicio de mi Rey, me hace tener por una dicha el *anunciar vuestro Evangelio a este grande monarca*, y digno, por la grandeza de su alma, de oír *cosas grandes*» (2).

se pudieran escoger. Fray Diego Murillo parece acercarse más, en la redacción, al modo con que predicaba.

(1) EUG. GANDAR, *Bossuet orateur. Études critiques sur les sermons de la jeunesse de Bossuet* (1643-1662), París, 1888, t. 2, c. 4, p. 408. Por esta razón, los ejemplos los tomaremos preferentemente de la *Cuaresma* y *Adviento* del Louvre (1662). ¡Adviértase bien!

(2) *Sobre la predicación evangélica*, pun. 3. *Oeuvres*, 4, p. 191.

Luis XIV es su principal oyente: Bossuet lo sabe; y no lo olvidará ni en la elección de asunto, que a veces será únicamente para él, como en el sermón *sobre los deberes de los reyes*, ni en la marcha de sus discursos, que cortará con una alabanza (1), ni en sus más célebres peroraciones consagradas al Rey, a quien de hecho va principalmente dirigido el sermón: tal sucede en dos, para mí de los más sinceros suyos, *sobre el ardor de la penitencia* (1662) y *sobre el endurecimiento* (1669). Detrás del Rey, y abriéndose en torno suyo, el fastuoso espectáculo de la corte. Así, en su exordio *sobre la Providencia*, al considerar ese poder oculto, que ordena, no sólo los pequeños casos de la vida en el individuo, sino también los grandes acontecimientos, que deciden la suerte de los imperios, «¡Grande y admirable asunto, exclama, y digno de atención de la corte más augusta del mundo!» (2).

He ahí, si no me engaño, el influjo ejercido sobre Bossuet, a partir de 1661, y su particular naturaleza. Apréciesele como se le aprecie, en bien o en mal — yo creo que en ambos sentidos —, el influjo existe. La grandeza del Rey absoluto y la ostentación de una corte asiática, solicitaban insensiblemente su ánimo al desarrollo de temas encumbrados, en un estilo de formas puras y casi ideales. Aunque con su poco de adulación cortesana, explica muchas cosas aquel pasaje de su Discurso de recepción en la Academia Francesa: «En medio de nuestros defectos, se nos ofrece [a oradores y literatos] un gran asunto, a propósito para sostener la grandeza del pensamiento y la majestad del estilo. Dios ha concedido a nuestro siglo un Rey.....» Ahora bien, nacidas bajo tales influencias y en tal ambiente, sólo en él se hallan en su punto las llamadas *estaciones* del Louvre y San Germán. Sólo frente a un tûmulo, rodeado por príncipes y princesas de sangre, o por generales vencedores, tienen toda su resonancia las *oraciones fúnebres*, lo único que muchos conocen de Bossuet, aunque no sea ni lo más sagrado, ni lo menos peligroso. El monarca y su corte influyen y determinan su segunda y más acabada manera, que se extiende hasta su predicación pastoral en Meaux. Es una elocuencia hecha para ellos (3).

(1) *Sobre la Providencia*, pun. 2. *Œuvres*, 4, p. 230.

(2) *Serm. cit.*, p. 219.

(3) Se ha dicho si no habría sido mejor que predicar a la corte, hacerlo al pueblo en general: hubiera sido, al menos, más conforme al uso primitivo de la Iglesia; hubiera también sido menos peligroso y no se habría escrito la *Pequeña Cuaresma*.

Y ésa es la razón íntima porque, reconociendo su gran valor, no pueden constituírsela en norma: la predicación sagrada debe ser popular, no digo precisamente llana, sencilla, no: ¿hay algo más sencillo que Bossuet, aun en los momentos más felices de sus *Elevaciones*? Popular, según el acertado análisis de Sailer (1), es la elocuencia, cuando no está hecha para una clase especial, como sacerdotes, militares, abogados, universitarios, sino que abarca el pueblo cristiano, tal cual es: y el pueblo cristiano, aun en las grandes ciudades, lo forman unos pocos hombres de carrera, muchos industriales y artesanos, empleados de oficinas, y una mayoría de mujeres y niños con la instrucción ordinaria. Así es el pueblo: y a ese pueblo ha de acomodarse la predicación, si ha de ser algo más que una hermosa audición para privilegiados. Así fué popular San Juan Crisóstomo, que no dudó en sacrificar muchas reglas de Libanio y otras más hondas de su alma dos veces helénica, por naturaleza y por instinto, para acomodarse a la instrucción ordinaria y la reforma de costumbres; su elocuencia podía ser menos perfecta, pero sería más útil. Así fué popular San Agustín, que tan hermosa victoria alcanzó de su genio, abatiendo muchas veces el vuelo de su inteligencia, hecha para las alturas, hasta rozar a los humildes, y hablando de propósito un lenguaje bárbaro, que ni la gramática respeta a veces, a trueque de ser entendido de sus africanos (2). Así fué popular la oratoria española en su siglo de oro. Predicados en grandes ciudades o ante una corte, no inferior en grandeza de linajes y en esplendor verdadero a la de Luis XIV, en conquistadores y generales y en amplitud de cultura literaria tampoco, esos sermones están pensados, no para la nobleza, mucho menos para el Rey, sino para el pue-

(1) SAILER, *Neue Beiträge zur Bildung des Geistlichen*, 1, München, 1809, p. 36 y ss. V. en JOSEPH JUNGMANN, S. J., *Theorie der Geistlichen Beredsamkeit*, Freiburg., 1908, n. 85, p. 120 y ss.

(2) Cujus evidentiae diligens appetitus aliquando neglegit verba cultiora, nec curat quid bene sonet, sed quid bene indicet atque intimet quod ostendere intendit....

Quid enim prodest locupletionis integritas, quam non sequitur intellectus audientis, cum loquendi omnino nulla sit causa, si quod loquimur, non intellegunt, propter quos ut intellegunt, loquimur? Qui ergo docet, vitabit omnia verba quae non docent; et si pro eis alia integra quae intellegantur, potest dicere, id magis eligit. Si autem non potest, sive quia non sunt, sive quia in presentia non occurrunt, utetur etiam verbis minus integris, dum tamen res ipsa doceatur atque discatur integre. San Agustín, *De doctrina christiana*, l. 4, c. 10, n. 24.

blo: un pueblo, es cierto, con cabeza de teólogo y alma de rey. En Bossuet y Bourdaloue, por el contrario, la mejor parte, aquella por la que hoy viven e influyen, fué dirigida a una clase especial, la nobleza, y tal nobleza (1). Recuérdese que, atraídos por el aparato de una corte desenfrenadamente dada a la ostentación y los placeres, los nobles, abandonando sus castillos y sus tierras, giraban en torno del soberano. París era todo él nobleza más o menos en pie o arruinada: recuérdese que falta un siglo para que París vea reunirse los tres Poderes: aún la nobleza es una casta aparte. A esa casta privilegiada, que era o se tenía por erudita y sabia, hablaron Bossuet y Bourdaloue. Por eso, aunque tan perfecta y universal, como es la obra de los genios, su obra no es, no puede ser popular, ni por tanto norma de predicación.

Más me atrevo a decir: no es en todo rigor litúrgica, y *con estar dentro del espíritu litúrgico*, es la que menos participa de él. El predicador no habla de suyo, es un embajador que dice una embajada, maestro que explica su texto y educa al discípulo, pastor que apacienta y padre que familiarmente conversa con sus hijos. Aunque dueños de toda la cultura científica y literaria antigua, los Santos Padres rehusaron levantar cátedra de por sí y trazar independientemente el plan de sus discursos.

Tal es la predicación patrística ordinaria en su siglo de oro; esas homilías, entretejidas con los versículos del lector en las reuniones litúrgicas de los fieles, y principalmente en la Misa (2), son una como prolongación de la palabra divina, y llevan un sello de autoridad única.

En cambio, aquí el sermón de tema, y no como quiera, sino con

(1) Concuera con Fenelón y La Bruyère, y en este punto parece exacto Paul Albert, cuando escribe: «La predicación no se dirige sino a gente de buen tono, *Honnêtes gens*, y no se enseña la religión que se supone saben ya; se les habla de la vida cotidiana y se les habla del modo que quieren que se les hable.» (*La prose*, París, 1884, p. 347.) «El sermón, prosigue, ha sido anunciado de antemano con el nombre y calidad del orador.» ¿Cuál será su lenguaje? «Será lo que el público quiera. La sociedad fría y elegante que escucha, da el tono a su elocuencia, como a las otras artes», p. 349.

(2) V. BERNARDINI FERRARI, *Mediolanensis theologi. De ritu Sacrarum Ecclesiae veteris concionum*, Veronae, 1731, c. 19 y 20. En el capítulo 21, donde con un par de ejemplos de San Agustín y San Juan Crisóstomo quiere probar que se tenían también sermones después de comer, prueba que era esto una excepción y extralitúrgico.

vistas a disertación religiosa sobre un punto dogmático o moral, está completamente desarticulado de todo acto litúrgico, pues se tiene después de comer y los oyentes asisten con ansiedad: va a hablar un orador que no lleva cayado pastoral, pero que compone y declama a la usanza clásica. Hay algo, mucho, de espectáculo, aunque éste es religioso: «Una Cuaresma de Bourdaloue, escribe Longuemare, volvía cada año, como cada año volvía la temporada de bailes, la de cacerías y excursiones regias. Esa Cuaresma era esperada con curiosidad, tal vez como una diversión. Después de todo, la capilla real, ¿no era entonces, con la presencia del soberano y la declamación del orador, un espectáculo que bien valía por muchos otros?» (1). ¿No dicen esto mismo, aun tratándose del inflexible Bourdaloue, la correspondencia de madame de Sévigné con su hija y las censuras de la Bruyère en su duro retrato *El púlpito*?

¿Y Bossuet? Véase cómo termina su último sermón del Adviento del Louvre (1665): «Atención a las cosas, y no pensar tanto en el predicador. ¿Lo que se os dice tiene tan poco peso que no merezca atenderse sino por el modo con que se dice? Tantas horas de gran satisfacción, ¿por qué han de ser todo horas perdidas? ¿Por qué Jesucristo no se llevará algunas, en vez de ser un vano entretenimiento y deleite?» (2). Pero oigamos a Gandar: «En la Cuaresma de San Germán (1566) y las oraciones fúnebres (1669-1687) desplegará más abundancia, un arte más exquisito y acabado. No querría yo quitar nada a la popularidad de esas obras maestras, que dos siglos han consagrado, y sería el primero en tomar parte en *esas fiestas incomparables* que Bossuet, como ha dicho alguno [Havet, *Étude sur les Pensées de Pascal*], dará a la imaginación y al sentimiento» (3). ¿Una fiesta del espíritu religioso!.... ¿Quién, si no es un degenerado, no la querría? He ahí una de las causas por que Bossuet, entre los literarios no católicos, tiene más lectores que Bourdaloue.

(1) L. c., p. 13.

(2) *Sobre la necesidad de la penitencia*, pun. 2, *Œuvres*, 4, p. 702.

(3) GANDAR, *Bossuet orateur*, l. 2, c. 4, p. 409.

II

GÉRMESES DE CORRUPCIÓN

Nos hemos internado en aguas peligrosas y la corriente ha empujado nuestra nave más allá de lo que pensábamos. Lo he de decir, aunque la confesión me dé vergüenza. En mis repetidas lecturas de esos dos grandes oradores, he creído vislumbrar gérmenes de corrupción y vicio radical en el sistema. Son gérmenes, nada más que gérmenes. Ahogólos, en Bourdaloue, cierta rectitud innata y un amor a la justicia, heredado con la sangre; su humildad religiosa, que una carrera de aplausos repetidos por treinta años no logró desvanecer; el trato familiar de los Santos Padres y, sobre todo, el estudio objetivo y amplio de la religión, junto con aquella severidad bondadosa que desconcertaba a sus enemigos de Port-Royal; en Bossuet, la lectura diaria de la Biblia desde sus primeros pasos en el colegio de Navarra; el estudio de los Santos Padres, singularmente de San Agustín, desde su residencia en Metz; en fin, su amplísima cultura eclesiástica y literaria, unida a una sinceridad de espíritu maravillosa. En naturalezas tan ricas no podían prosperar aquellos gérmenes, pero existen; y cuando hallen terreno más pobre, se desarrollarán en Masillón hasta inficionar la medula e íntima sustancia de la *Pequeña Cuaresma*, bajo la tersura de una forma límpida y el embeleso de un ritmo, que blandamente suspende. Hay ya, en Bourdaloue, algo más todavía en Bossuet, una tendencia al discurso académico y otra al arte puro literario — de esta última, si no es algo en las pinturas morales, no se da nada en Bourdaloue —: por la primera, nos alejamos de la manera tradicional patristica; por la segunda, se entra en la región del arte puro, que es la muerte misma de la elocuencia. Son gérmenes: descubrirlos es labor de microscopio; son tendencias; por eso esta crítica se va a tejer con hilos muy sutiles.

Se puede creer que en Bourdaloue el acoplamiento mecánico tan visible y la regularidad sistemática en las divisiones, se deben, en parte, a la refundición del P. Bretonneau (1); pero ya él debía gustar de

(1) V. GRISELLE, Introducción al primer tomo de las *Obras completas*, párr. 3. «Estado de la cuestión Bourdaloue», pp. XVIII-XLIV.

esos armazones rígidos, que impiden el libre juego de los movimientos y acercan el sermón al discurso escrito, cogido de memoria (1).

Nada hay en él que se lée al diverso temple del auditorio; todo está trabajado en frío y pieza por pieza, hasta el punto de poderse demostrar como las figuras clásicas en los gabinetes de estudio: los varios sistemas de huesos y músculos, la red de nervios y de sangre, todo se halla a la vista, que lo podéis seguir punto por punto. Pero, jahl, el hombre vivo no es así: en él los nervios esconden sus haces en su triple cilindro protector, corre la sangre, profunda en las arterias, más a flor en las venas, aunque siempre sumida en la carne; los huesos y músculos muestran su energía, pero no se dejan ver; por todo el hombre, dando unidad y borrando junturas, se extiende la piel.

He ahí el defecto de Bourdaloue: todo ese armazón debería estar oculto y velados los razonamientos; la fuerza dialéctica habría de ser menos reflejamente percibida por el oyente, quien, «viendo el arte tan descubierto, lejos de sentirse cogido y trasportado fuera de sí, como sería razón, observa fríamente el artificio de todo el discurso» (2).

Aquel segundo exordio, el estado de la cuestión, que trasciende a planteamiento de tesis, esa insistencia en poner en manos del simple fiel el hilo de un discurso, que cien veces se le ha de escapar, tal vez no haga más claro el sermón, pero al menos halaga la vanidad del oyente en verse de discípulo hecho juez (3). Esa abdicación del ma-

(1) FENELÓN, *Diál.* II.

(2) FENELÓN, *Diál.* II.

(3) Como el signo breve de una interrogación tiene una fuerza tal, que, puesto al principio y fin de una sentencia, altera, o al menos pone en conmoción un mundo de cosas, así sería interesante preguntar si del mal uso de una partecita como la proposición, depende el haberse viciado la oratoria sagrada los últimos dos siglos. Tal es mi opinión. También lo es que Bourdaloue no acertó plenamente—Bossuet a veces tampoco—a enfocar, proponer y llevar el sermón de un modo verdaderamente clásico. Ésta es gloria de Vieira, predicador incomparablemente más defectuoso, pero que, en diez o doce sermones, se ha revelado el orador moderno más antiguo y genuinamente clásico. Conviene dejar aquí traducida la célebre burla que de aquellas proposiciones hizo La Bruyère: «Tienen siempre, tales oradores, por una especie de necesidad indispensable y geométrica, tres puntos admirables, que merecen vuestra atención: en la primera parte del discurso probarán una cosa; en la segunda parte otra, y todavía otra en la tercera. Así quedaréis primeramente convencidos de cierta verdad: éste es su primer punto; luego de otra verdad: éste es su segundo punto, y por fin de otra tercera verdad: éste es el tercer punto; de suerte que la primera reflexión os ense-

gisterio católico me parece el germen de corrupción más radical y el primer paso de una como secularización de la oratoria sagrada. Los oyentes se persuaden que van a oír una disertación grave, terrible si se quiere, pero de cuya verdad y alcance ha de fallar su buen juicio. Por eso siguen los razonamientos del orador, no para instruirse y mejorar de costumbres, sino para ver si el predicador efectivamente sale airoso de su empresa, por donde el fruto se reduce a aquel precioso monólogo de La Bruyère: «¡Vaya un discurso tan sólido y admirable el que acabamos de oír! En él se han tratado los puntos más esenciales de la religión, como también los motivos más eficaces de convertirse. ¡Qué efecto no habrá producido en el entendimiento y corazón de los oyentes! Vedlos rendidos: están movidos y emocionados hasta el punto de resolver en su alma que el sermón de Teodoro es más hermoso aún que el último que predicó.....» (1). Y, como dice poco antes, ese auditorio que admira lo que no entiende, se cree instruido y satisfecho con poder decir cuál es mejor, si el primer punto o el segundo, el último sermón o el penúltimo.

Cuando el orador no sea Bourdaloue, el incorruptible, y los oyentes sepan más de la Enciclopedia que del Evangelio, el tema será puramente filosófico «sobre las pequeñas virtudes, sobre el semicristiano, sobre el lujo, el humor, el egoísmo, la antipatía, la amistad, el amor paterno, el amor conyugal, sobre el pudor, las virtudes sociales,

ñará uno de los principios más fundamentales de vuestra religión, la segunda otro principio, que no lo es menos, y la última reflexión otro último y tercer principio, el más importante de todos, que, sin embargo, dejamos por falta de tiempo para otra vez; finalmente, para resumir y abreviar esta división, forma un plan..... — ¿Todavía más?....., diréis; ¡qué de preámbulos para tres cuartos de hora de discurso que les quedan! Cuanto más se empeñan en desmenuzarle y esclarecerle, más se embrollan —. Sin dificultad, os creo, es el efecto más natural de todo ese montón de ideas, que vienen a parar a lo mismo, y de las que cargan sin piedad la memoria de los oyentes. Al verlos aferrarse así a esta costumbre, diríase que la gracia de la conversión está vinculada a esas enormes particiones. Más ¿cómo se ha de convertir la gente con tales apóstoles, si sólo a duras penas se les oye articular, ni se les puede seguir sin perderlos de vista? De buena gana les pediría yo tuviesen a bien, en medio de su desatentada carrera, tomar más veces aliento, respirar algo, y dejar respirar a los oyentes. ¡Discursos vanos! ¡Palabras perdidas! El tiempo de la homilía pasó: no le volverán los Basilio y los Crisóstomos.» *De la chaire.*

(1) LA BRUYÈRE, *Caracteres*, c. 15. *De la chaire.*

la compasión, las virtudes domésticas, el hacer beneficios, etc. etc.; en fin, sobre la *santa agricultura*» (1). Y «porque la rudeza de estos últimos tiempos, escribe Fenelón, ha llegado al punto de no echar de ver el orden en un discurso, si no se advierte de antemano y se hace una parada en cada punto» (2), el orador dirá bien claro lo que intenta probar, y hará un llamamiento al buen sentido y razón del oyente, el cual, así como el orador *se pone* a hacer su discurso, *se pondrá* a seguirlo, bien sentado, la cabeza altivamente entornada, bajas las cejas y vueltos los ojos como quien confronta. Pues bien: late ya esa tendencia, al discurso moral en Bourdaloue, al discurso filosófico en Bossuet.

Porque también éste, aunque menos, ha moldeado sus sermones en la norma neoclásica, y pagado su tributo a la presentación disertadora, con su segundo exordio (3). Es verdad que a veces esa orientación de la materia es un acierto felicísimo: a ella debemos los primorosos exordios *de la muerte* (1662), *de la divinidad de Jesucristo* (1665 y 1669), pero, como sistema, es una desviación al discurso, daña a la misma claridad que busca (4), y, sobre todo, tiende a viciar la sustancia de la predicación.

Así, el sermón *sobre la penitencia final* (1662), tan perfecto en su género, dice Longhaye, como la oración fúnebre de Condé lo es en el suyo, está viciado, casi me atrevo a decir, esencialmente, por la manera de presentarlo. No bastaba la división general: había que dividir lo mismo dividido. Para que comprendáis, dice, la deplorable esclavitud en que nos ponen los bienes de este mundo, «considerad lo que hará en nosotros el apego de un corazón que posee, de un corazón que usa, de un corazón que se abandona a las riquezas. ¡Oh!, ¡qué cadenas! ¡Oh!, ¡qué esclavitud! Pero vayamos por orden» (5). He ahí lo que llamo viciar el sermón: el oyente, halagado en su vanidad, se olvida que es un pecador, y se pone a seguir una discusión que se quiebra

(1) MAURY, *Essai*, 24, p. 82.

(2) FENELÓN, *Diál.* II.

(3) Esto es más frecuente en Bourdaloue, como se ha notado ya, v. gr., en el Sermón para la fiesta de Pentecostés. V. C. BAYLE, *La predicación tradicional*, Barcelona, 1918, c. 14, p. 159. V. en BOSSUET, *Sumisión a la palabra de Jesucristo* (1660). *Œuvres*..., 3, p. 244.

(4) LEBARQ, *Œuvres*, 4, p. 197. «Sobre el rico Epulón.»

(5) LEBARQ, *Œuvres*, 4, p. 197.

de sutil; pues eso y nada más es todo el primer punto, sin apenas relieve oratorio. Verdad es que se cierra con un análisis espiritual delicado, y verdad también que la entrada al punto siguiente es una maravilla de escrito; pero he ahí también lo que pronto llamaré tendencia al arte puro literario.

Sin lo dicho, la tendencia al discurso filosófico se manifiesta en su gusto por lo abstracto. Y apenas podía ser de otra manera. Es una especie de prodigio sustraerse al ambiente, y aquel siglo tenía el suyo. Para Boileau, se lee en tomo 5 de las *Ideas estéticas*: «La perfección clásica francesa está en buscar la verdad ideal depurada de todo accidente. Se ha caracterizado perfectamente esta literatura llamándola literatura *de lo universal* o de la *razón impersonal*. Ninguna otra ha dado forma tan elocuente a todos los *lugares comunes de moral y de política*. Sermones, tragedias, libros de máximas, reflexiones y de caracteres, todos se parecen bajo este aspecto» (1). Sí, tiene su fondo de verdad aquel juicio de un francés, aunque allá sonara a blasfemia o poco menos. «Lo vago y abstracto, sustituyendo a la verdad viva, nada de detalle concreto, que, a manera de pública divulgación, haga saltar al enfermo, que se reconoce en él, contornos y formas indecisas, que dejan sólo entrever los límites de la naturaleza humana en general, nada del hombre que se quiere describir; he ahí los caracteres generales de la elocuencia religiosa del siglo XVII» (2).

Que Bossuet estuvo algo tocado del espíritu de su siglo, lo indica la defensa, no sé si eficaz, que de él hace Lebarq contra estas palabras de Rébelliau: «En los últimos sermones, que Bossuet predicó en la corte, se ha roto un tanto el equilibrio armónico de las diversas cualidades: la majestad se va agrandando, la llaneza de día en día disminuye. El acento personal, tan sensible en los sermones de su juventud, desaparece para dar su puesto a *esa manera impersonal y abstracta*, más sublime, sin duda, pero donde el hombre, a mi modo de ver, se borra un poco: desde 1666, Bossuet es ya el Bossuet de las grandes oraciones fúnebres» (3).

(1) MENÉNDEZ Y PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España* (2.^a ed.), t. 9, p. 36.

(2) V. en LEBARQ, *Histoire critique*. Conclusión, p. 381, n. 1.

(3) O. c., p. 379.

Lansón, en su estudio sobre Bossuet (1), después de haberle llamado gran lógico, amigo de manejar astracciones y adorador de lo eterno y absoluto, prosigue así: «Después [de 1662], por un ulterior progreso, se eleva aún más allá de lo que se tiene por perfección. Un dominio más completo de sí, una serenidad superior, que tan sólo turban los arrebatos encendidos de la caridad, una filosofía amplia que levanta todos los asuntos, una precisión acabada, que hace descender todas las cuestiones al nivel de los oyentes, una fuerza constante sin desfallecimiento y sin fuego, más de lumbre y relieve que de colorido, acercan los sermones de las últimas jornadas de Bossuet a la belleza pura de sus mejores oraciones fúnebres.»

¿Qué hay de cierto? Tal vez un poco más de distancia y caer nosotros al lado acá del Pirineo, ayude para formarse mejor la imagen y el juicio más exacto. A mi modo de ver, es simplemente la tendencia al discurso, la cual se apunta en la elección de tema, se acentúa en el desarrollo por medio de la astracción y teoría, y se revela lo bastante por el empleo de formas puras literarias. Veámoslo por partes.

Abrase la *Cuaresma* del Louvre. Nótese ya un conato de discurso en la entrada al sermón sobre *la Providencia*, aunque felizmente el desarrollo, plenamente dogmático, aleja todo peligro. El otro sobre *la Predicación evangélica*, singularmente en la tercera parte, es una brillante conferencia apologética. El *de la Muerte*, con un vestíbulo, al que, por desgracia, no corresponde lo demás; en su primera parte es, por aquel primor de amplificación, un deleite del espíritu, más que una instrucción terrorífica del sepulcro; mientras que en la segunda, la inmortalidad del alma, tratada filosóficamente, es una transacción funesta con los ateos, que habían de dar la ley en el siguiente reinado. *Sobre la Ambición*, el solo título dice lo bastante. *Sobre los deberes de los reyes*, es más bien un brillante discurso religioso sobre los privilegios de la realeza, que Luis XIV se sabía de memoria y como por instinto.

Y todavía esa orientación a los temas filosóficos es más franca en la *Cuaresma* de San Germán (1666), como se ve por sólo los títulos: *la Libertad (Purificación)*, *el Honor*, *el Amor de los placeres*, *el Culto debido a Dios*, *la Ambición*, *el Odio a la verdad*, *la Justicia*. Casi dos terceras partes de la *Cuaresma*.

(1) BOSSUET, París, 1891, párr. 2, pp. 80-81.

Difícil cosa no dar a tales asuntos un sesgo discursivo y razonador; al que, sin el espíritu de raza, propendía por educación y por temperamento: por educación, porque en su estudio de los Santos Padres había tomado de San Agustín el amor a la teoría, y de San Juan Crisóstomo la aplicación a la práctica, aunque en esto último adelantara menos; por temperamento, porque su naturaleza tendía a elevarse al estudio de las causas generales: recuérdese que Bossuet es el autor del *Discurso acerca de la Historia universal*.

Ese como vuelo constante que, sin del todo perder tierra, le levanta a la teoría razonadora y al discurso abstracto, no parece pueda negarse con citar este o aquel pasaje concreto (1): es algo que por toda su obra se difunde y la penetra íntimamente. Ahí están la disertación sobre la naturaleza de la verdadera libertad (2), por qué el hombre busca ser grande y el honor de las apariencias de virtud (3), por qué no se halla tiempo para convertirse (4); finalmente, esos análisis penetrantes en que tanto se aventaja, por ejemplo, el del pecador que a sí mismo se engaña (5).

Y la misma tendencia a la astracción se revela también en la forma exterior, porque también es algo propio del genio francés: «Hay entre nosotros, escribe Fenelón, tan grande miedo de parecer humildes en el estilo, que ordinariamente somos secos y generales en la expresión. Tenemos en esto una falta de urbanidad, parecida a la de ciertas gentes de provincias, que pecan de cultas. No se atreven a decir cosa que no les parezca exquisita y entonada. Son siempre afectadas y creerían rebajarse demasiado llamando las cosas por su nombre» (6). Esto, que coge de lleno a Massillon, roza algo a Bossuet en lo de las expresiones generales; y es que, según Nisard, «el buen sentido, el orden, la proporción, la expresión elocuente de las verdades generales,

(1) Sin negar que en muchos pasajes lo sea, no logra, creo yo, Lebarq vindicar del todo a Bossuet de la nota de «inmóvil en su majestad», *Histoire critique*, pp. 380-81.

(2) *La Purificación* (1666). *Œuvres*, 5, p. 4 y ss.

(3) *Sobre el Honor* (1666), punt. 1. *Œuvres*, 5, p. 47 y ss. V. punt. 2: «Para esto es necesario filosofar un poco sobre la naturaleza del mal», p. 53 y ss.

(4) *El rico Epulón*. Segundo punto. *Œuvres*, 4, p. 203 y ss.

(5) *Sobre la integridad de la penitencia* (1662). *Œuvres*, 4, p. 337 y ss.

(6) FENELÓN, *Diál.* II.

el arte de decir en modo elegante lo que todos dicen, son el carácter de la literatura nacional en el siglo XVII» (1).

Se disputa si el estilo y forma de Bossuet es concreto y realista, o abstracto e ideal; lo cierto parece (2) que es una mezcla única; a veces la expresión y la palabra son determinadas y concretas, pero la concepción, como que los eleva y sublima, es como la evaporación de la materia; él, con su ardor lírico, la levanta y resuelve en una nube real, que su hermosa imaginación hiere y tornasola: de ahí que su oratoria tenga tanto de deleite estético puro (3); de ahí que sus muertes inspiren tan poco horror.

Y es que en ese transportar el asunto a un plano superior, le despoja de todo lo que podía herir. Son tormentas cruzadas por relámpa-

(1) *Ideas estéticas*, 9, p. 8. Coincide BRUNETIÈRE: según él, «se pueden distinguir tres maneras en su elocuencia. La primera (1653-1658) es más bien didáctica teológica. La segunda (1659-1670) es principalmente filosófica y moral: es la de sermones sobre la Ambición, sobre la Muerte, sobre la Providencia, sobre el dilatar la conversión, sobre el Honor, sobre el Odio de los hombres a la Verdad, sobre los Deberes de los reyes, sobre la Justicia.....» «Nada más cristiano que el lenguaje del orador, o, mejor dicho, nada más católico; y sin embargo, nada más laico, quiero decir, nada más universalmente más profundamente humano. El estilo más abundante, más fluido, menos cortado de citas latinas y menos mezclado de términos de escuela, es más puro, menos realista, tal vez más elevado que en los primeros sermones. Finalmente, la tercera manera es más difícil de caracterizar, la podríamos llamar homilética.» *Études critiques sur l'histoire de la Littérature Française* 6^a serie, 1899. BOSSUET, párr. 2, pp. 216-217.

(2) No se olvide que tratamos de Bossuet orador, y principalmente del Bossuet orador de 1662 a 1669. A partir de este año, en que es nombrado Obispo de Condom (setiembre 1669), su predicación toma un carácter más práctico (v. el sermón de la Inmaculada) (1669), y más concreto (v. los extractos de su predicación pastoral en Meaux) (1681-1704). A esta última etapa pertenecen las *Meditaciones sobre el Evangelio* y las *Elevaciones sobre los misterios*. En la primera de esas obras, sobre todo, ha triunfado el término propio, concreto y realista. El escritor llega aquí a su plena madurez.

(3) Así lo confiesa Lansón, conocedor de Bossuet, a quien ha estudiado por separado. «Cruza por esas exposiciones del dogma y por esas descripciones de la moral toda una poesía pintoresca o dramática, poesía de oda, de misterio, y el vigoroso lógico de Navarra nos hace a veces pensar en Dante o Milton. Complácese en dar amplitud de símbolos a los personajes y hechos de la Escritura, y en ellos derrama toda la riqueza, en ellos toda la virtud universalizadora de su pensamiento. Podríase decir que su método es menos analítico que sintético, menos psicológico que filosófico y sensible a la vez: metafísica y poesía. (*Histoire*, IV parte, I. 3, c. 6, p. 581.)

gos verdaderos de las que, sin embargo, no se desprende el rayo; hágase la prueba en el primer punto del sermón de la *Muerte*: Léase la descripción de la brevedad del tiempo — especie de cántico lírico sobre un tema que hará célebre Pascal —, descripción que se repite en el sermón sobre la *Necesidad de penitencia*: habéis terminado vuestra lectura sin una contracción en el rostro, sin la menor nota de inquietud en el alma. Es que la fuerza creadora ha sabido dar tales lejos a la muerte, que es un placer asistir a sus mismos estragos. Aun cuando parece vibrar su espada para herir, no hay que asustarse: Bossuet sólo conoce la sangre de las batallas por los cuadros de las galerías de Versailles; su espada pocas veces hace más que rozar la piel.

Apuremos el análisis por si llegamos a sorprender el secreto. En su *sermón sobre los sufrimientos*, del que se nos ha transmitido copia muy interesante por uno de sus oyentes, exponiendo cómo no hay virtud cierta sin sufrimientos, escribe: «¿Qué puede esperar un soldado a quien su general no se digna probar? Al contrario, cuando lo ejercita en empresas trabajosas, le da ocasión de pretender. ¡Oh, piedad delicada que no has gustado jamás la aflicción!, piedad criada a la sombra y el reposo. Óigote discurrir sobre la vida futura: pretendes corona de inmortalidad, pero no debes alterar el orden del Apóstol. *La paciencia obra la prueba, y la prueba la esperanza*. Si, pues, esperarás la gloria de Dios, ven que te someta a la prueba que Dios tiene fijada a sus servidores. Mira, es una tempestad que se levanta, la pérdida de los bienes, un insulto, una contrariedad, una dolencia. ¡Cómo!, murmuras, te quejas, ¡pobre piedad desconcertada! No puedes sostener, ¡piedad sin fuerza y sin fundamento! ¡Ah, nunca tú mereciste el nombre de piedad cristianal; no eras sino vano simulacro, no eras sino oropel que relumbra al sol, y no resiste el fuego y se desvanece en el crisol. No sirves sino para engañar a los hombres con vanas apariencias: pero no eres digna de Dios, ni de la pureza del siglo venidero» (1). Una cita más: «No son la caridad y la justicia las únicas que

(1) *Sobre los sufrimientos*, punto 11; *Oeuvres*, 4, p. 67. Véase otro modelo de aplicación práctica que por la forma literaria tan exquisita pierde su eficacia: «Así que, si alguna vez notamos en un discurso, ¿cómo lo diré yo?, algo de incisivo, que abriéndose por las tortuosas vías de nuestras pasiones tan complicadas viene a poner, no por casualidad, sino por una secreta dirección de la gracia, la mano en nuestra herida, y a buscar, en el momento oportuno, en lo hondo de nuestro corazón, aquel peca-

se quejan de la vanidad: quéjase igualmente el pudor, en el que la vanidad causa ruinas increíbles. ¡Beldad sencilla e inocente, que comienzas a entrar en el mundo!, aún tienes honestidad, pero al fin deseas figurar: miras con envidia a las más ricamente ataviadas. Sabe que esa vanidad, que te parece inocente, maquina de lejos contra tu honor, te tiende lazos, te deja a descubierto frente a la tentación y da prisa a tu enemigo. Guárdate de cebo tan peligroso, apresúrate a poner tu honestidad bajo la guarda de la modestia» (1).

He ahí su estilo: el pensamiento, concebido concretamente y expresado en parte con términos concretos, de pronto, merced a un par de vocablos abstractos, pierde suelo, se eleva y envuelve en una forma que tiene ya no poco de ideal: llama, sí, a las cosas por su nombre, pero las simboliza, las viste de alegoría; no dice: «Hombres que deseáis ser tenidos por piadosos, no os engaños», sino: «¡Oh piedad!» No dice: «Pobres jóvenes que entráis a vivir», sino: «¡Beldad sencilla e inocente!» La aplicación se hace fuera del oyente, en una figura o símbolo: los golpes ahí duelen poco; hasta se ven con gusto. Este uso, frecuentísimo en Bossuet, justifica la frase de un escritor: «No le pidáis que baje, no puede.» Tiene razón: sin dejar de ser concreto, es muy poco práctico. En la *Cuaresma* del Louvre, el único sermón de aplicaciones particulares es el de la *Integridad de la penitencia*; el mismo sobre el *Ardor de la penitencia*, un tesoro de sentimiento y verdad, se mantiene en una exhortación expositiva. Falta algo de medicina pastoral aplicada; da la impresión de esos doctores que, de pie ante el enfermo, trazan un diagnóstico bien razonado, disertan que es una maravilla, sobre el curso y síntomas de la dolencia; pero detenerse a aplicar la medicina, por demás es pedirselo: no saben (2). Así es Bossuet;

do que escondemos, entonces, señores, es cuando debemos atentamente escuchar a Jesucristo, que viene a turbar nuestra falsa paz y pone la mano derechamente sobre nuestra herida: entonces es preciso tomar el consejo del Sabio, y aplicárnoslo todo a nosotros. Y si el golpe no ha profundizado lo bastante, tomemos nosotros la espada y hundámosla más aún. ¡Quiera Dios penetre tan profundamente, que el golpe llegue a lo más vivo, y el corazón sea destrozado por la compunción, y la sangre de la herida brote por los ojos: y al decir sangre, quiero decir las lágrimas, que San Agustín, con tanta elegancia, llama *sangre del alma*! (*Sobre la predicación evangélica*, punt. II, *Euvres*, 4, p. 186.)

(1) *Sobre el Honor. Euvres*, 5, punt. 1, p. 51.

(2) Por esta misma razón, Bossuet es poco instructivo: presupone al auditorio

compáresele con San Agustín, mejor aún, con San Juan Crisóstomo; y, si se quiere algo más moderno, caréense el tercer punto de *El rico Epulón*, de Bossuet, con la homilía segunda de Fray Diego Murillo sobre el criado del Centurión. Y nótese que los pobres son los que más lograron abajar el vuelo de Bossuet al terreno práctico. Sin embargo, a no saber, por otra parte, que muy de propósito había estado entre ellos, en la escuela de San Vicente de Paúl, se diría que únicamente desde el coche había visto a los miserables que morían abandonados junto a los castillos señoriales, mientras el sencillo franciscano ha hecho con ellos su camino a pie, y escuchado sus quejas y las injusticias de sus amos (1). Cuando queráis dar una fiesta sagrada a vuestro espíritu, leed la *Cuaresma* del Louvre o San Germán; pero cuando queráis instruir a un pueblo y salvarlo, predicadle la doble *Cuaresma* de Fray Diego Murillo, menos artística, menos sublime, fascinadora y

sabedor de los mandamientos, de su fuerza y alcance; no hay en su obra aquel curso de doctrina cristiana, metódicamente expuesta, que Fenelón echaba de menos. En vano buscaréis en Bossuet una explicación tan práctica como aquella de Fray Diego Murillo sobre la *Fe viva*, en la primera *consideración* de la primera homilía sobre el criado del Centurión. Se suele traer como defensa de Bossuet en este punto aquella frase del exordio de la Inmaculada: «La utilidad de los fieles es la ley suprema del púlpito.» ¡Muy bien dicho!, pero esa frase es ya del 9 de diciembre de 1669, recién nombrado Obispo: explica, a lo más, su predicación anterior, que, realmente, es más evangélica; pero el orador que se estudia y se lee es anterior a esa fecha, si se exceptúan dos o tres piezas. Por lo demás, ese sermón de la Inmaculada no es precisamente el que se suele citar más. Me parece muy exacto el juicio de Hatzfeld: «La instrucción religiosa, dada por Bossuet, es más general, no se para en pormenores, señala ampliamente y a grandes rasgos los caracteres esenciales de la doctrina cristiana, habla al pueblo cristiano desde lo alto....» «Bourdaloue desciende a las aplicaciones, sus enseñanzas son más prácticas, baja al pormenor de lo que conviene a la necesidad de sus oyentes, a la condición particular de cada uno, al estado de su conciencia, a las dificultades que la aprietan, a las tentaciones que le asaltan....» *Más alta y más sublime la predicación de Bossuet, permite al oyente olvidarse de sí, desprenderse de sí para escuchar enajenado al elocuente intérprete de la doctrina cristiana evangélica. Bourdaloue, Sermones choisis* par M. Ad. HATZFELD, París, 1884, p. xxi.

(1) En la última *consideración* baja a cosas tan concretas como éstas: «Créanne, señores, y ejerciten por sí mismos las obras de caridad, y, particularmente, en las personas de su propia casa. Acuérdense que aquella mujer fuerte y noble, de quien dice el Espíritu Santo tantas alabanzas, entre otras cosas que dice de ella, una es que se levantaba de noche y aparejaba el almuerzo para las criadas.... Y no por eso se le caían los anillos ni perdía la autoridad y nobleza.» (*Discursos predicables*, Zaragoza, 1605, t. 1, p. 116.)

grandilocuente, pero más instructiva, más práctica, de no menor contenido escriturístico y teológico y en un estilo natural y elegante, de una ingenuidad verdaderamente franciscana. He ahí algo que no podría daros Bossuet; algo le falta, mejor dicho, algo le sobra: le sobra la tendencia latente al discurso académico, que le ha merecido esta censura de nuestro crítico: «Todo giraba en torno de Luis XIV. Hasta la oratoria sagrada se había hecho cortesana, y, más que de repartir el pan de la palabra evangélica a los pobres, a los humildes, gustaba de entonar pomposos panegíricos sobre las tumbas de los reyes. La oración fúnebre, género híbrido y mucho más profano que religioso, tolerado por la Iglesia más bien que nacido dentro de ella, fué la expresión natural de este consorcio y alianza entre la Iglesia galicana y la monarquía absoluta» (1).

Toda la perfección literaria no ha podido desviar ese anatema: porque la realización del arte puro no se da en el púlpito sin muerte de la elocuencia, cuyo fin no es el deleite estético, sino la utilidad de los fieles. Ahora bien, la belleza persigue a Bossuet. En San Agustín gusta de la flor del pensamiento, de la flor del corazón. En la misma Escritura, en que fué tan versado, raras veces estudia un capítulo o punto doctrinal. Si usa un texto (2), no es muchas veces tanto para probar algo, como para buscar el hilo con que tejer sus análisis psicológicos, o para tomar vuelo en sus grandiosas amplificaciones. De ahí su preferencia por el Antiguo Testamento. De ahí que el mismo Evangelio no le explica, sino le canta. Se ha dicho que el siglo XVII en Francia ha tenido en Bossuet su único poeta lírico. Así es: las verdades de la religión católica, los *Misterios*, sobre todo, de la vida de Jesucristo y de la Virgen, han vibrado en su alma de una manera tan

(1) *Ideas estéticas*, t. 9, p. 33.

(2) Generalmente hablando, el texto citado y no comentado, sino simplemente aludido, sólo sirve para dar al discurso un matiz literario y al oyente culto el placer de un recuerdo y al público cristiano un enigma: el texto debe traerse o como explicación o como prueba de autoridad. Ese abuso de la alusión, muy notable en Massillon, se ha pretendido, bajo pretexto literario, justificarlo en la segunda manera de Bossuet. «La alusión [a la Escritura] es de un arte más sabio y más acabado que la citación propiamente dicha. Por eso Bossuet la emplea más a medida que su talento se perfecciona. Los más hermosos ejemplos se hallan quizá en las *Oraciones fúnebres*. (R. DE LA BROISSE, *Bossuet et la Bible*, Paris, 1890, c. 3, p. 2, p. 158.) He aquí una alabanza que hiere: el principio en preceptiva de oratoria sagrada, es insostenible.

espontánea y tan ungida a la vez, que no ha sido después superada; tarea imposible recoger pasajes literarios que sólo él ha escrito; habría que transcribir gran parte de las *Elevaciones* y *Meditaciones*, muchos de sus *Misterios* y *Oraciones* fúnebres enteras. He ahí una gloria que nadie le disputará, y por la que Bossuet será siempre modelo ventajosísimo para la formación literaria; pero he ahí también un germen de corrupción de la oratoria sagrada.

Repitamos una vez más que ni en él ni en Bourdaloue se desarrollaron dichos gérmenes; pero existen, y pronto los veremos viciando un natural privilegiado.

III

LA PERVERSIÓN DE UN SISTEMA

¡Masillón! De la antigua gloria hoy apenas si le queda más que el nombre. Pudo alzarlo, como bandera, el jansenismo, que explotó el prestigio del Obispo de Clermont, mal anclado en Teología, y llevado de una dulzura a un rigorismo extremado; pero el jansenismo, herido con el mismo rayo que el Sínodo de Pistoya, vivió arrastrándose hasta los días del Concilio Vaticano, y allí pereció con las reliquias del galicanismo. Pudo también el filosofismo, sin miedo a convertirse, tener en su mesa, a la par de la Enciclopedia, algunas obras del célebre oratoriano, en que apenas alienta el Evangelio; pero nuevas modas filosóficas han hecho olvidar las blasfemias de Bayle en su *Diccionario*, y las muecas impías de Voltaire; finalmente, pudo, en aquella peste del *estilo noble*, estimarse como algo definitivo esa manera entonada, que no pisa el suelo; ese estilo trasparente, aunque sin fondo, tan prolífico de palabras como pobre de giros y de ideas; pero los días de las pelucas postizas y empolvadas pasaron; y la crítica, que ha preferido la bárbara jerga de la *Canción de Roland* a la fría corrección de la *Henriada*, busca, sobre todo, el vigor del pensamiento, la huella del alma. Por eso la *Pequeña Cuaresma*, de cortes dorados, ha caído de la mesa de los filósofos y no luce sobre el tocador de las damas de la Regencia. De donde no ha caído es de la mesa de nuestros jóvenes oradores. Les fascina la amplitud aparente del asunto, la amplitud, más aparente, del período, que, por un caprichoso espejismo de frase, lanza mil cambiantes sobre un pensamiento; y, más que nada, les fas-

cinan esos cuadros, sustituyendo a las pruebas, de tonos apaciblemente blandos unos, otros cruelmente exagerados, muchas veces discordes con la realidad, casi siempre ajenos a la predicación sagrada.

Aun reconociéndole sus dotes — lo contrario sería estrechez o injusticia —, todavía es género de piedad y cultura herir los pies de barro de la estatua: nunca el juicio será suficientemente duro para evitar todo peligro de imitación. La parte de oratoria perteneciente al siglo XVII la ha estudiado el P. Longhaye, y pocos podían hacerlo como él; he aquí resumido su estudio:

«Talento rápido, fino, ingenioso; imaginación flexible, más bien risueña, capaz, con todo, de cuadros enérgicos y sombríos; sensibilidad móvil, dulce y tierna, natural perspicaz, delicado, a propósito, por lo mismo, para la ciencia del corazón; natural elegante, noble, generoso, hecho para insinuarse y seducir; natural feliz y fácil, de donde le venía aquella rapidez y abundancia florida, «la urna de perfumes que se »derrama», como delicadamente ha dicho Sainte-Beuve; con tales dotes, el orador está seguro de agradar, y en posesión de magníficos recursos de acción.»

«Pero esa facultad opulenta de su imaginación y sentimiento se mantuvo siempre sujeta al orden y buen gusto, reinante entonces, como en toda época verdaderamente clásica. No es Massillón el declamador falso e insípido, que va a pulular el siglo XVIII; ni tiene esos arrebatados febriles e intemperancias enfermizas, que muchos toman hoy por elocuencia: hay en él colorido sobrio y pasión tan viva como equilibrada. Eso es lo que le hace, no raras veces, pintor de caracteres, y algunas, grande orador» (1). He ahí el Massillón de las *Confesiones* y *Discursos Sinodales*, el Massillón de la *Gran Cuaresma*: natural hecho para agradar, natural hecho para emocionar; no dice para persuadir (2).

(1) *Histoire*, 4, V parte, c. 5, p. 361.

(2) BRUNETIÈRE, en su estudio literario sobre Massillón, dice así: «Massillón es un predicador sensible. Como Fenelón, tiene sublimes estremecimientos, lágrimas repentinas y suspiros inesperados. Desprovisto de fuerza para cambiar las convicciones, se apresura a seducir los corazones. Bien digo seducir y no persuadir. Convencer es, como dice Bossuet, o abatis, o cambiar irresistiblemente la razón. Persuadir es interesar las pasiones en hallar buenas y sólidas las razones que se les proponen; mientras que seducir es atraerse aquellos mismos cuyas pasiones no se pudo remover bastante

El retrato así en boceto, aunque cariñosamente trabajado, no da, como se ve, precisamente un predicador; y todavía pierde, visto en detalle. Apláudese aquel don de emoción que, con cierto dramatismo, hizo célebre el final del sermón *sobre el corto número de los escogidos*. Pero aún en ése hay algo que vicia radicalmente su oratoria, y es la endeblez doctrinal.

Primeramente, como se ha dicho, el marcado sabor de apología, sobre todo filosóficomoral, es ya una desviación; pero puesto en ese terreno, descubre, sí, bien la parte vulnerable del error; mas, al establecer los motivos de credibilidad, el apologista no se sostiene (1). De la Escritura apenas usa, y, cuando lo hace, es en forma de alusión o en frases muy cortas, tomadas con preferencia del Antiguo Testamento, más como adorno que como prueba (2). El dogma le toca muy raras veces, y la moral que predica — en esto se distingue de Bourdaloue — es una moral no basada en el dogma, sino en la pura naturaleza (3). Para Masillón aún no se ha predicado el *Sermón de las Bienaventuranzas*. Y aun en esa moral, que es su fuerte, no es profundo; sus pinturas son diluídas, uniformes, no es, sobre todo, exacto; recuérdese las exageraciones del sermón *sobre el corto número de los escogidos*, la dura imagen, que hace de Dios, riéndose del pecador moribundo (4). Nada se diga del sermón sobre las *Disposiciones para comulgar* (5).

Añádase lo vulnerable de sus planes: divide por dividir, cree en ello poseer el alma del método, y sólo ha cogido la apariencia de una fórmula. Porque a veces, las partes no responden a la división, y otras, la enunciación es oscura o tocada de algún otro vicio lógico (6). ¡Lógico! He ahí lo que buscaréis inútilmente. Es la suya superficial, incompletos son sus razonamientos; y, para colmo, no raras veces a sí propio se contradice (7). Entonces, diréis, ¿vivirá por el estilo? Por el estilo

profundamente, ni sojuzgar la inteligencia.» (*Nouvelles Études critiques*, 2.^a serie⁴, 1893. *L'éloquence de Massillon*, pár. 3, p. 117.)

(1) O. c., pp. 382-383.

(2) O. c., pp. 385-386.

(3) O. c., pp. 384-385.

(4) *Sobre la Impenitencia final*.

(5) O. c., p. 389.

(6) O. c., p. 366.

(7) O. c., p. 368.

Massillón es un retórico, no en el mejor sentido de la palabra: de él se ha dicho que es un gran amplificador, y ésa es su mayor censura, pues lo que amplifica no es la verdad cuyo interior os abre, sino el vestido es lo que amplifica y extiende; es una tautología encubierta por una prodigiosa variedad de palabra, cuya falta de sostén descubre la lectura en alta voz (1). El *Preciosismo* no había muerto a los dardos de Molière, ni de Boileau; y de Fléchier, que le acogió en el púlpito, pasa, por Massillón, al siglo XVIII, tocado ya de cierto barniz teosófico. Massillón se muestra muy solícito del llamado estilo noble, desdén la palabra exacta, concreta y lisa (2): el término más abstracto es el más literario. En su boca la Iglesia se llama *templo*, los criados resultan *esclavos*, las faltas son *crímenes*. Su triunfo es la práfrasis; rodea por evitar la palabra propia, halaga el oído, y desvanece la idea en un haz de luminosos cambiantes, cruzados por el epíteto vago, pomposo y resonante.

Nada añadiremos a este juicio, si no es un ejemplo por vía de nota (3).

(1) «¿Por qué no he de confesar que un día perdí en esta prueba de leer en alta voz uno de los más vivos entusiasmos de mi juventud? Un escritor, que ponía en primera fila, bajó para mí a un lugar secundario. No dejo, por esto, de admirarle; me parece siempre patético, elocuente: pero no figura ya entre los grandes dioses: Massillón. Junta este escritor a una admirable riqueza de palabras, una increíble pobreza de giros. Su diccionario es magnífico; su sintaxis estrecha y limitada.....» (E. LEGOUVÉ, *El arte de lectura*, trad. de FERRÉ, Madrid, 1812, 2.^a parte, c. 4, p. 88.)

(2) Ese horror a decir las cosas concretamente y por sus nombres, se manifiesta de un modo pueril en el sermón primero de su *Gran Cuaresma*: «Os pregunto: Si todavía esos tales mortifican su cuerpo y pasiones, será o por lo largo de la abstinencia, o por lo ordinario de los manjares que toman, o por la frugalidad que en su comida observan. *Perdonad* baje a esos pormenores: *aquí es indispensable: pero no abusaré.*» Y poco más abajo: «Para no sentir el ayuno — lo diré, ya que vosotros a ello me obligáis, como también a bajar a pormenores que desdican de este asunto de las grandes verdades de la religión —» (Punt. 2, p. 11.) ¡Cómo habría Massillón leído el Evangelio, que baja a esos detalles y a otros más vulgares, si se quiere, y que no desdecían de los labios de Jesucristo! Digamos, de paso, que ese sermón, a vueltas de algunas inexactitudes doctrinales (punt. 1, Sobre la validez de la dispensación, p. 204), y de ciertas exageraciones, tiene el defecto capital de proponer que tratará de la obligación — se entiende grave —, y luego más bien trata del espíritu y modo como que se ha de ayunar.

(3) El primer sermón que abre sus obras y su predicación (edición de 1745, reproducción de 1846), «Sobre la bienaventuranza de los justos», indica bien que, ya en

Lo que nos importa ahora es ver a qué abismos puede llevar un sistema. Porque el fin de Massillón es de lo más triste.

Los gérmenes de corrupción, la tendencia al discurso filosófico-académico y al arte literario, aunque muy pobre, cogen, como un cáncer, toda la *Pequeña Cuaresma*.

Confieso que pocas obras he leído con más rebeldías de la voluntad: a la falta absoluta de contenido, se juntaba una amplificación uni-

sus comienzos, estaba mal orientado. Véase, para convencerse, un esbozo de las ideas y del modo de probarlas:

Exordio. — Dios y el mundo ponen la bienaventuranza en cosas muy distintas. (Comienzo digno y muy bien desarrollado.)

Proposición. — Los justos, no los pecadores, son los que en el mundo poseen la bienaventuranza, porque ellos, no los pecadores, tienen:

División.....	{	a)	en las luces de la fe algo que <i>endulza las penas</i> .
		b)	en las <i>dulzuras de la gracia</i> , <i>paz de corazón</i> y <i>suavizamiento de los trabajos</i> .

Nótese: 1.º Se altera el espíritu de la Iglesia, que celebra principalmente la bienaventuranza de los santos del cielo. 2.º Se plantea una tesis de ética natural, como lo haría Catón de Útica o Séneca el filósofo. 3.º Esa tesis ni es eficaz en sí, pues San Pablo ha dicho que, sin la resurrección gloriosa, el cristiano sería el ser más desgraciado, ni para aquella sociedad tenía fuerza alguna. 4.º Se presiente la mezcla de las dos partes, algo que *endulza las penas* y *dulzuras de la gracia*.

Primera parte. — La fe *endulza* todas las penas, porque mirando:

A) <i>El pasado</i>	{	a)	el pecador halla motivo de tristeza: *** voz de la conciencia.
		b)	el justo motivo de alegría: Dios le ha mirado con piedad.
B) <i>El presente.</i> — Ambos ven el mundo (descripción).....	{	a)	inconstante.. { a) ¡qué amargura para el malo! b) ¡mas, para el bueno!.....
		b)	injusto..... { a) ¡qué de injusticias para el malo! b) ¡mas, para el justo!.....
		c)	censurador.. { a) ¡qué interpretación de los hechos, qué difamaciones para el malo!..... b) ¡mas, para el bueno!.....
C) <i>El porvenir</i> ..	{	a)	¡para el bueno!.....
		b)	¡mas, para el malo!.....

Nótese la uniformidad y pobreza de las pruebas y de la amplificación. Como dice al empezar la segunda parte, su intento es oponer la triste situación, aquí abajo, de

forme de cosas, que todas las recordaba haber hallado en el primer sermón, aunque con diversas palabras; desde luego, al fin, en la súplica obligada por el *tierno niño*, a los dos sermones podía adelantarme al orador. Es la *Pequeña Cuarema* (1718) un juguete oratorio para un niño de apenas ocho años, rodeado de grandes. Tres circunstancias de esas que vician esencialmente una acción. Un juguete no es para en manos de un obispo designado: si se quería hacer un tratado *de príncipe regendo*, fuera en su cuarto a solas, y no de roquete, en el púlpito. ¿No veía el inconveniente de dirigir a un niño, incapaz de seguirle, dos sermones enteros, y de los otros ocho, parte al niño, parte a los *Grandes*? ¡Las virtudes de los *Grandes*, los vicios de los *Grandes*! De tanto oírlo debieron llegar a creerlo muchos de aquellos *Grandes* arruinados, que por la gran cloaca de Versalles habían de ir a parar al tajo de la guillotina. Ante el sacerdote no hay grandes ni pequeños,

los pecadores frente a la dichosa de los justos: *hacer un paralelo*. He aquí su forma habitual de probar.

Segunda parte. — Las dulzuras de la gracia calman las pasiones y suavizan los trabajos:

A) <i>Consuelos interiores.....</i>	a) paz del corazón.....	a) el pecador no la tiene, <i>le persigue la conciencia con remordimientos. ***</i>
	b) amor.....	b) ¡pero el justo!.....
B) <i>Consuelos exteriores.....</i>	a).....	a) en el justo el amor todo lo suaviza.....
	b).....	b) pero el pecador, ¡qué vacío en su corazón! *** ¡qué intranquilidad de conciencia!
	a).....	a) Sacramentos y ejemplos de los santos para los justos.....
	b).....	b) ¡mas, para los pecadores!.....
	a).....	a) la lectura de los libros santos para los justos.....
	b).....	b) ¡mas, para los pecadores!.....

Nótese en el signo *** que se trata tres veces de algo parecido; nótese la debilidad cada vez más aparente en la amplificación y la futilidad de las pruebas, o, mejor, la ausencia de ellas. Conjetúrese qué riqueza y variedad de estilo puede haber, si el estilo es algo más que un sonido agradable.

Peroración. — Interpreta un pasaje de la Sabiduría (Sab., V, 7-17) y dice que allí no se da cierta razón, que abiertamente se da (véase v. 9).

sino fieles que enseñar y corregir. Pero estaba de Dios que aquel pueblo había de ser adulado aun en las reprensiones. Así, tan de raíz está viciada la *Pequeña Cuaresma*.

La Sagrada Escritura raramente viene citada, y eso en el Antiguo Testamento: los Salmos, el libro de los Reyes, la Sabiduría. En sólo el panegírico de San Juan Bautista, de Fray Hernando, se halla el doble de Escritura que en toda la *Pequeña Cuaresma*. Pieza hay que se diría escrita por un Séneca menos ingenioso, a no ser por cierta cita de San Juan; pero no hallaréis más: los otros tres Evangelistas son citados una vez, lo mismo que Salustio; de los Santos Padres, sólo un pasaje de San Ambrosio hallaréis y una alusión a San Agustín (1).

Lo sagrado de la materia por los títulos se adivina: *El ejemplo de los Grandes, las tentaciones de los Grandes, el respeto a la religión de los Grandes.....*, ¿a qué seguir? Hay algo de megalomanía. No conozco obra de menos fondo. Una explicación de la letra por Terrones, un par de *consideraciones* de Vega valen, teológica y escriturísticamente, más que toda la *Pequeña Cuaresma*. No os deslumbre la división: ya lo habéis oído, divide por dividir; leedla dos veces y dejad el sermón, en el cual, por toda prueba, os repetirá, más ampliamente, que esas tres partes se cumplen en los *Grandes* (2).

(1) Los pasajes de la Escritura o de los Santos Padres son, generalmente, muy breves, de cinco o seis palabras; y sin contar algunos que están repetidos, ni el texto, son, por mi cuenta, cuarenta y uno. *Sab.* 8; *Salm.* 6; *Prov.* 5; *Job.* 5; *Est.* 2; *Rey.* 1; *Par.* 1; *Jud.* 1; *Eclesiást.* 1; *Is.* 1; *San Juan.* 3; *San Mat.* 1; *San Luc.* 1; *San Mar.* 1; *Mac.* 2; *San Agus.* 1; *San Ambr.* 1.

(2) Véase, por ejemplo, *Sobre la desgracia de los Grandes, que abandonan a Dios* (tercer Domingo de Cuaresma).

Exordio. — El espíritu mudo de que habla el Evangelio es símbolo del espíritu inquieto de los nobles, cuando abandonan a Dios.

División. — La felicidad que todos anhelan, y más los Grandes, está siempre más alta que toda elevación. Sin la virtud y temor de Dios la grandeza hace más desgraciados, porque sin Dios:

- | | | |
|--|---|---|
| 1.º Las pasiones son más violentas en los <i>Grandes</i> | { | <ul style="list-style-type: none"> a) la sensualidad. — Breve y pobrísima explicación de quince líneas. b) la ambición — más pobre aún. c) la envidia — otras diez líneas. d) otras pasiones — insaciables. |
|--|---|---|

2.º Porque el hastío en ellos es mayor: todo les cansa; en cambio, el justo, ¡qué goces tan sencillos! Aquí, ocho líneas de estilo primorosas. Pero nada más. 3.º Porque

No sé de mayor insulto a la razón. Pero ¡qué razones se iban a dar a una criatura de siete años! Así, se las ha de sustituir por cuadros dispuestos simétricamente de dos en dos, vicio y virtud, copiados con una buena fe que asombra. La fuerza del ejemplo de los *Grandes*, el ansia de placeres en los *Grandes*, el falso honor de los *Grandes*, la envidia, la lisonja y adulación de los *Grandes*, el enojo, el aburrimiento, el capricho, hasta la afabilidad de los *Grandes*, de todo eso hallaréis un mar de pinturas de diez o doce líneas; pero más que nada hallaréis verdad, ¡mucho verdad!, y poco Evangelio; ¡religión!..... y poco cristianismo; lo que no hallaréis es oración, ni mandamientos, ni sanción eterna, ni misas, ni días festivos, ni confesión y comunión, ni diablo que tienta, ni ángeles que guardan: de eso ni los nombres siquiera.

La capilla real donde Massillón predica, tiene las paredes más frías y desnudas que un templo protestante. Un viento glacial, iconoclasta, ha extinguido la lámpara, clavado el sagrario, helado el alma. Sobre esta *Pequeña Cuaresma* parece haber caído la maldición del cielo. Una obra donde Jesucristo apenas aparece, sino al principio; una obra, en cuyos diez sermones ni una sola vez, fuera de la invocación, suena el nombre dulcísimo de María, tiene sobre sí un anatema, que no bastarán a levantar dos o tres descripciones felices, un pasaje — iba a decir el único — hondamente sentido y bien expresado en el sermón de Pasión y una tersura de frase y armonía, halago del oído. Pero ¿qué significa eso que, aun en escritor, pudiera ser una censura?

Hay un hecho que vale por toda una crítica. A poco de su *Cuaresma*, le abriría sus puertas la Academia. ¡Muy en su punto! Los gérmenes de corrupción, que notamos en el sistema, se habían desarrollado y producido el discurso, filosóficomoral por la materia, académico por la forma: una pieza así requería, no el púlpito, sino el sillón de la Academia.

Pero el mal ejemplo estaba dado. «En la historia de la predicación francesa quedará para siempre como introductor de un género menos religioso y sobrenatural que el de sus antepasados. Por haber

los antojos y cambios de gusto son inevitables. Aquí, otro cuadro parecido: el retrato de Saúl, furioso y poseso después de abandonar a Dios, está bien trazado.

Peroración. — La consabida súplica por el reyecito y el recuerdo de su augusto bisabuelo. Parece imposible hallar más pobreza oratoria: y la hay; léase, por ejemplo, *Sobre la falsedad de la gloria mundana*, etc., etc.

concedido un puesto demasiado insignificante al dogma, a la Escritura, a Jesucristo, por llamar con excesiva complacencia, en ayuda de la virtud, consideraciones filosóficas, preferentemente humanas y de razón, con él la predicación baja sensiblemente al naturalismo filosófico, donde se va a precipitar la siguiente centuria.....» «Su funesto influjo se extendió por más de un siglo, y cuando Ozanam y sus amigos iban a pedir con tanta sencillez a Mgr. de Quelen una predicación actual, viva, sin duda no lo pensaron, pero de hecho era protestar contra el imperio, que aún duraba, de Massillón, imperio que se prolongó un siglo cumplido y cuyos beneficios no igualaron a los daños» (1).

QUINTÍN PÉREZ

(1) LONGHAYE, *Hist.*, t. 4, p. 394. Inútilmente se han esforzado por defender a Massillón el moderno editor de sus obras (BLAMPIGNON, *Introd. a la Pequeña Cuaresma, Œuvres de Massillón*, t. 1, pp. 9-10; *Massillon après des documents inédites*, p. 266 y ss.) y el autor de la *Histoire de la langue et de la Littérature Française, des origines a 1900*, publiée sous la direction de L. Petit de Fuleville, t. 5, París, 1898, c. 6, par. 55, pp. 373-393. La defensa no ha tenido éxito. «El defecto peor de Massillón, así termina Lanson, es el que le ha hecho ser preferido por Voltaire, La Harpe y los Enciclopedistas a todos los predicadores. Deja muy borroso el dogma, no cita la Escritura, su predicación es todo moral, todo filosófica y casi laica. Si se exceptúan las fórmulas ya tradicionales, no se percibe allí nada cristiano.» *Histoire.....*